

Concepciones, Creencias y Sentimientos acerca de la Muerte en Adultos Mayores de Nivel Educación Superior

Ideas, Beliefs and Feelings on Death in Old Age Subjects of High Educational Level

Liliana Vilches Seguel*

Resumen

En este artículo se presenta una investigación sobre las concepciones, creencias y sentimientos respecto a la muerte en adultos mayores entre 65 y 75 años de edad. En la primera parte se señala la importancia del estudio de este tema que constituye una constante antropológica en la historia de la humanidad y la necesidad de investigarlo desde una perspectiva psicológica. Luego se presentan los objetivos y la metodología utilizada. Posteriormente se discuten los principales resultados que muestran la muerte como una normativa de la etapa en estudio, las concepciones vinculadas a formas más amplias del pensar sobre la vida y el ser humano, los sentimientos de temor más que ante la muerte misma ante él como de ella y los deseos personales respecto al bien morir. Finalmente, se dan a conocer conclusiones y algunas ideas para tener presente en torno a una formación para encararla y a una ortotanasia.

Palabra claves: Concepción, creencias, sentimientos, muerte, adultos mayores.

Abstract

In this article concepts, beliefs and feelings are presented in relation to death in adults whose ages fluctuated between 65 and 75 years. The first part of the study is concerned with the importance of this subject matter, a constant in the history of humanity, which appears to be an anthropologically significant problem for psychological research.

The results show that death is considered to be a necessary event in the period of life analysed in the study. Reflections related to this phenomenon create a broader outlook of approaching life and the human being. The feelings of these subjects are more related to the manner in which death occurs than with death itself, especially with personal desires of "good dying". Finally, conclusions are drawn that suggest ideas to be taken into account in order to confront the problem of death.

Key words: Concepts, beliefs, feelings, death, old age.

I. IMPORTANCIA DEL ESTUDIO DEL TEMA.

A través de los siglos, el ser humano se ha empeñado incesantemente en conocer, dominar y controlar su mundo, pero ha debido rendirse ineluctablemente ante el misterio e inevitabilidad de la muerte. De los horizontes de sentido en la vida del ser humano, se ha considerado que la única vivencia más radical que el amor "es la muerte a la que todo - absolutamente todo - está expuesto, incluido el amor" (Holzapfel 1999). También, se ha señalado que «la reflexión de todas las épocas se ha detenido en ella como en la constante antropológica de mayor trascendencia» (Lolas 1998). Por otra parte, Thomas (1997) ha considerado que la concepción de la muerte es un elemento revelador de la conciencia cultural de un pueblo.

Por nuestro lado, pensamos que la muerte, tanto la de otros como la propia, es una de las experiencias más significativas y proveedoras de sentido en la vida de los seres humanos, tal vez sólo igualada por las de la procreación y el nacimiento. A la vez, constituye el gran tabú de la época contemporánea, superado - quizás - por el del envejecimiento y la vejez.

La vida íntegra del hombre se mueve en el complejo de las redes que le fijan los elementos de la temporalidad. La prospectividad psíquica peculiar y distintiva del ser humano le sitúa en una posición privilegiada y dramática a la vez con respecto al resto de las especies, en el sentido que es el único con capacidad de aprehender la idea de su propia finitud terrenal. Aunque las personas desconocen - al menos parcialmente - las condiciones precisas de edad, momento, lugar y forma, saben perfectamente, con absoluta certeza, que la muerte es un acontecimiento que nos sobrevendrá inevitablemente a todos, de modo que antes de su llegada es una «presencia ausente».

La transitoriedad de la existencia y la seguridad de la muerte, lejos de dar lugar a un heroísmo trágico como en el existencialismo o a un fatalismo, otorga una oportunidad para hacerse responsable del descubrimiento del sentido de la

propia vida. El individuo puede comprender que las posibilidades y oportunidades de realizar valores, las ocasiones de obrar, vivenciar o sufrir, son transitorias. Pero si llegan a concretarse, se inscriben en la historia y se conservan en forma definitiva, ya nada las puede eliminar ni cambiar, "una vez pasado, permanece en el pasado por toda la eternidad" (Frankl 1994). El ser humano, al elegir - como continuamente lo está haciendo - decide qué acción será imperecedera, "en todo momento está decidiendo, para bien o para mal, cuál será el monumento de su existencia... Yo diría que *haber sido* es la forma más segura de ser" (Frankl 1987). Así, podemos sostener que el ser humano sólo es cuando está perfectamente terminado, esto es sólo cuando muere y deja de ser posibilidad, sólo en ese momento ocupa su lugar definitivo en la eternidad, antes, es todo potencialidad de superación.

El tema de la muerte, sin duda, ha tenido un lugar destacado en la literatura, en el arte, en la religión y en la Filosofía. Durante los últimos quince años se ha generado, en el ámbito de diferentes disciplinas, un interés creciente por el tema vinculado con realidades surgidas de la capacidad para manejar la vida y la muerte, que inquietan al hombre contemporáneo: fertilización asistida e inicio de la vida, calidad de vida, aborto, eutanasia activa y pasiva, suicidio asistido, testamento del vivo. Cuando comenzamos nuestro trabajo, en Chile aún no existía una gran preocupación por el estudio sistemático de la muerte. Sólo algunos psicólogos, como Middleton (1*) y Lavado (*), habían atendido profesionalmente a enfermos terminales y a sus familias. Santa Cruz (*) y Galle (*) también tenían una experiencia en relación al tema. Recientemente Figueroa (*) (2000) ha publicado experiencias recogidas con personas que se encuentran ante la muerte. Pero ese campo de atención ha estado más cubierto por personas que no son psicólogos y que comparten una vocación de servicio hacia la gente. En una línea, de corte filosófico-esotérica, nos encontramos con Lara, quien ha realizado talleres destinados a prepararse «para enfrentar y vencer a la muerte» (Lara 1997).

Desde una visión histórica podemos obser-

var que se han presentado diferencias en la forma de manifestarse su significación para el ser humano, según la época y las restantes expresiones culturales. Es un hecho constatado, la negación colectiva de la muerte que caracteriza a nuestra sociedad contemporánea. En otras épocas era parte constitutiva de la vida misma y los anhelos de muerte heroica, en plenitud de la vida, imperaban. En la Edad Media se cultivaba el arte de morir y se preparaba durante días a las personas, en el sendero hacia su muerte. En el Renacimiento la preparación giraba, de modo importante, en torno a la confesión tal como la recomienda el «Directorio para los enfermos y moribundos» de 1706. En nuestro país la historiadora Cruz de Amenábar (1998) ha entregado una perspectiva psichistórica de la despersonalización que ha experimentado todo lo relacionado con la muerte, lo cual contribuye a que ésta ocurra como algo ajeno a la vida. Desde otras disciplinas se ha reconocido la existencia de una cultura evasiva, represora y negadora de la muerte personal. Thomas (1993) ya ha señalado que las actitudes y conductas ante la muerte en Occidente son morbosas y macabras o bien de evasión, rechazo y miedo. Piezzi (1996), también ha hecho notar que el hombre occidental parece experimentar terror ante la muerte y vive una cultura negadora de ella. Vial (1997), asimismo, ha afirmado que «el recuerdo de la muerte es amargo para nuestra cultura y el tratar de olvidarlo, a todo trance, a pesar de lo inexorable del hecho, es esfuerzo permanente. Lo es también el tratar de velar su recuerdo, quitarlo de nuestra vista». Feifel ha puesto de relieve que también los especialistas, «los profesores, especialmente los médicos, en contacto con pacientes crónicos y moribundos han notado similares tendencias evasivas en sí mismos» (Feifel 1977).

Esta investigación forma parte de un programa de desarrollo más amplio, que comprende el estudio de personas que se encuentran en otras etapas del ciclo vital y en otras condiciones de vida respecto a salud física y psicológica, a nivel socioeconómico y de escolaridad e incluye labores académicas de docencia y de extensión.

Nuestros fines son, desde luego, teóricos: conocer y comprender, psicológicamente, mejor al ser humano a través de la significación y repercusión que tiene la muerte en su existencia. En sentido pragmático o aplicado: elaborar algunos planteamientos que contribuyan a asimilar mejor el proceso de la muerte y su incorporación en el proyecto de vida de las personas, de modo que éstas puedan administrar su tiempo y vivir más plenamente consigo mismas y con sus semejantes. Chopra ha estimado que el miedo mismo puede ser aprovechado constructivamente, «deja que tu miedo a la muerte te inspire a examinar tu verdadero valer y a concebir un sueño para tu propia vida...deja que te ayude a valorar el momento, a actuar en él y a vivir en él» (Chopra 1994). Adicionalmente, se pretende atender a las inquietudes y necesidades de los seres humanos respecto a la muerte, con el fin de contribuir a una ortotanasia.

II. OBJETIVOS.

El objetivo general fue la descripción comprensiva de las concepciones, creencias y sentimientos acerca de la muerte en adultos mayores de nivel educativo superior.

Los objetivos específicos consistieron en la descripción de los siguientes contenidos vivenciales:

- Concepción e idea personal de la muerte
- Sentimientos experimentados al pensar o anticipar la propia muerte. Temores. Aspectos de la muerte generadores de esos temores.
- Muertes significativas y repercusión afectiva.
- Experiencias cercanas a la muerte.
- Creencias en la existencia de otra vida después de la muerte.
- Deseos de que exista vida después de la muerte.
- Estado de preparación para aceptar la muerte en cualquier momento (de sí mismo y de seres queridos).
- Agentes que han brindado preparación para aceptarla.

- Lamentos más importantes en caso de muerte repentina.
- Expectativas y plan de vida antes de la muerte.
- Observancia religiosa como orientación de vida para asimilar la muerte.

III. METODOLOGIA.

Esta investigación fue de carácter descriptivo, a través de metodología cualitativa. Ella se situó en una orientación fenomenológica, procurando la aprehensión de la realidad tal como se presenta y da ante nosotros. Se ha tratado de enfocar los problemas de modo descriptivo, buscando los significados en los sujetos mismos, para obtener una mejor comprensión de los fenómenos. Se intentó ir más allá de los datos numéricos, tales como las frecuencias, lo que es más propio de la metodología cuantitativa. Lo que interesó fue comprender más que explicar. Consideramos, además que el carácter íntimo y personal del tema, hacía más apropiada esta aproximación metodológica. Ella, justamente, es más conveniente cuando se desca saber "qué sucede" y "cómo sucede".

Nos ajustamos a las cuatro reglas básicas para la investigación cualitativa, señalados por Kleinig :

- 1) Sobrepassar y adecuar el conocimiento y las conceptualizaciones que la investigadora maneja acerca de la vivencia de la muerte, a la luz de nuevas informaciones.
- 2) La vivencia de la muerte en la adultez mayor sería mejor conocida al finalizar el estudio.
- 3) Estudiar la vivencia de la muerte desde la más amplia gama de perspectivas, es decir la variación estructural máxima de perspectiva, expresada en la conducción de las entrevistas.
- 4) En cuanto a la evaluación, llevar a cabo la descripción y el análisis de los datos, buscando la integración de ellos.

Esta investigación no estuvo guiada por hipótesis prefijadas que debían ser comprobadas, sino que se orientó por la búsqueda de comprensión y entendimiento de la realidad, en la medida

que se ha interactuado con ella. Como han señalado Taylor y Bodgan (1994), en este tipo de estudios lo que interesa es comprender el comportamiento humano desde el marco de referencia de quien actúa, es decir asumiendo una perspectiva "desde adentro". Entendiendo, además, que la unidad del proceso de investigación está en el investigador mismo, quien debe encontrar significación y sentido a los datos.

El universo correspondió a los adultos mayores de ambos sexos, entre 65 y 75 años de edad con enseñanza superior y desempeño académico en este nivel. El muestreo fue intencionado o a propósito, ya que garantizaba hallazgos de alta calidad, importantes y significativos. La primera estrategia fue seleccionar por criterios predeterminados, como la pertenencia al foco evaluativo, sanos. La segunda estrategia fue de variación estructural máxima de las perspectivas, sucesiva, en que la selección de los primeros sujetos y el análisis de ellos fue determinando los siguientes elementos muestrales (muestreo teórico según una teoría emergente). La categorización conceptual de los primeros datos orientó para obtener nuevos datos para afinar el análisis, hasta que los nuevos datos no agregaron nueva información. Es decir, en un momento ha habido simultaneidad entre la recolección y el análisis. La cantidad de adultos mayores ha sido determinada por ese proceso.

El investigador fue el instrumento principal de la recolección y análisis de los datos. Se utilizó la Entrevista en Profundidad semiestructurada, aplicada individualmente, con preguntas abiertas que permitían a los entrevistados expresarse directa y espontáneamente con respecto a los temas fijados. Una vez formuladas las preguntas, se dejó al adulto mayor hablar libremente y sin interrumpirle en la expresión de sus ideas. La interacción fue naturalista y no intrusiva. La pauta de entrevista ya había sido construida y aplicada anteriormente por la investigadora, con una planificación previa de los principales tópicos que se abordarían. Las preguntas guía, corresponden a temas más generales que se han ordenado y jerarquizado a partir de reflexiones e inquietudes surgidas de la revisión bibliográfica, particularmente de orientación existencial. Otras tienen su origen

en las indagaciones clínicas y análisis de la investigadora. También ha sido aplicada en investigaciones anteriores, con las adecuaciones necesarias a los objetivos de ellas. La pauta ha sido sólo una guía al servicio de la obtención de información. No se trató de un mero intercambio formal de preguntas y respuestas, sino que se indujo el discurso de cada entrevistado según una pauta flexible y adaptable a su relato.

El análisis de los datos se llevó a cabo según la escuela de la "Grounded Theory", de Glaser & Strauss, que permite trascender el nivel descriptivo. Se trabajó con categorías conceptuales emergentes, a partir de los datos. La codificación inicial de los primeros resultados ha sido sometida a la "comparación permanente" con la siguiente (muestreo sucesivo), de modo de lograr la "saturación teórica".

Se han usado dos tipos de codificación: abierta y axial.

IV. ANTECEDENTES RELEVANTES.

IV.1. ADULTEZ MAYOR.

La estructura demográfica de los países en desarrollo es caracterizada por las altas tasas de natalidad y una gran proporción de jóvenes con menos de 15 años. Pero esa situación está cambiando. América Latina vivirá un envejecimiento de la población y una disminución de la tasa de fecundidad hacia el año 2050, lo que determinará un crecimiento y una estructura poblacional similar a la de los países desarrollados. Según los informes de CEPAL y CELADE (1998), la población de la región se ha acercado a las tendencias del mundo, cayendo desde tasas de crecimiento poblacional de 12.5% hace 25 años a 1.6% en la actualidad. Esta situación se acentuará, para llegar al año 2050 con tasas de crecimiento de 0.8%. El descenso mayor ha sido en México y Perú.

Hoy tenemos 500 millones de habitantes en A.L. En 1970, teníamos un promedio de 5 hijos por mujer, hoy tenemos 3. Esta es, incluso, la disminución regional más rápida del mundo. Se

calcula que para el año 2050, tendremos un promedio de 2 hijos por mujer, en A.L. En Chile, en 1950 había 5.4 hijos por mujer, en 1998 2.3 y se espera que en 2050 habrá 2 hijos por mujer.

Por otra parte, la expectativa de vida en A.L. es mayor que en el resto del mundo. Hoy, el promedio de vida es de 70 años y en el resto del mundo 66 años. Se calcula que para el año 2050 será de 75 años en A.L. y de 72 en el resto del mundo. Entre 1980 y 2025 el número de personas sobre los 60 años habrá aumentado 400% en AL (de 23,3 a 93,3 millones), según estudios de la OMS (1997). El número de ancianos aumenta porque hay menos niños y jóvenes muriendo de enfermedades infecciosas, debido a tratamientos médicos adecuados. Quien no ha muerto antes de los 30 o 40 años, tiene grandes posibilidades de llegar a los 65 años, afirma Kalache, director del departamento de Envejecimiento y Salud de la OMS (1997). Es de tal magnitud el aumento de la población mayor de 60 años que "de ser marginal, el anciano está en trance de convertirse en la especie más común de ciudadano" (Minois, G. 1989 en Fliman, M. y col., 1995).

Nuestro país mantiene la mayor esperanza de vida (75 años). Para el 2050, se calcula que, en Chile, la esperanza de vida para las mujeres será de 84 años y para los varones será de 78 años. En ese año, el país tendrá alrededor de 22 millones de personas y de esas, 5.2 millones tendrán más de 60 años. Hacia el 2025, en Chile el porcentaje de personas con más de 65 años será superior al de los menores de 15. Para ese año, los de tercera edad - que hoy representan el 7% de la población - serán del orden del 15% (OMS 1997). Chile será el país más «anciano» de Sudamérica hacia mediados del siglo XXI y el 4º o 5º en América, superado sólo por Estados Unidos, Canadá, Puerto Rico, Guadalupe y tal vez Cuba.

Esa tendencia deberá tener un enorme impacto en los gastos de los gobiernos y en los sistemas administrativos. Las necesidades y demandas de los adultos mayores pasarán a ser un tema político de importancia en las próximas décadas, según Urzúa, director del Centro de Análisis de Políticas Públicas de la U. de Chile. Para Guzmán, asesor demográfico del Fondo de Población de

las Naciones Unidas, si bien las estadísticas no indican que nuestro país esté en camino a convertirse en un país de ancianos como los europeos. Chile puede observar lo que pasa en Europa y prepararse al respecto.

También la importancia de los estudios sobre personas mayores, en todas las disciplinas, ya comienza a notarse y ellos irán en aumento. Los cambios evolutivos de carácter psicológico que se experimentan en la adultez mayor han sido descritos, por una parte, como positivos y ventajosos, especialmente si ellos se acompañan de ciertas condiciones de salud física y mental, de bienestar económico y de reconocimiento social. Incluso, se ha destacado la creatividad y productividad de personas notables en esa época de su vida (Beethoven, Tiziano, Goethe y tantos otros). Esta visión de la ancianidad se puede sintetizar en la expresión de Browning: "lo mejor está por venir, el final de la vida para lo cual el comienzo fue creado". Por otro lado, también se han señalado algunos aspectos que se mueven en la línea de lo que Erikson ha descrito como el polo distónico de la tarea de desarrollo correspondiente a esta edad: la desesperación. En este sentido, la conciencia de lo no realizado y de que el tiempo que resta es demasiado corto para intentarlo, tal como lo saca de su propio vivenciar Bobbio en su libro "De senectute". Sin embargo, es este mismo autor quien señala el camino - también por él experimentado - hacia la integridad: el recuerdo de los afectos permanentes, esos que el tiempo no consumió porque se tuvo el valor de darles constancia.

Desde el Análisis Existencial, Frankl ha descrito la actitud que puede adoptarse ante el transcurso del tiempo durante la vida, que equivale a la idea de Integridad en Erikson: "alguien que junta las hojas del calendario con toda prolijidad, hace anotaciones al dorso sobre lo que hizo o lo que le ocurrió diariamente y con orgullo mira hacia atrás abarcando todo lo que ha sido fijado en esas hojas, todo lo que en esta vida ha sido fijado como vivencia" (Frankl 1994). Un anciano así, ha enfrentado la vida activamente, considerando la transitoriedad esencial de la vida humana en forma activa y no pesimista. A esta persona que ha

vivido con sentido, "¿Qué puede importarle cuando advierte que se va volviendo viejo? ¿Tiene alguna razón para envidiar a la gente joven, o sentir nostalgia por su juventud perdida? 'No, gracias', pensará, 'en vez de posibilidades yo cuento con las realidades de mi pasado, no sólo la realidad del trabajo hecho y del amor amado, sino de los sufrimientos sufridos valientemente. Estos sufrimientos son precisamente las cosas de las que me siento más orgulloso aunque no inspiren envidia'" (Frankl 1987).

El normal desarrollo requiere de un cambio en las motivaciones e intereses de acuerdo con la edad, de modo que cada nueva etapa de la vida puede ser tan feliz y creadora como las anteriores. Peña y Lillo ha señalado que "el hombre enriquece el sentido de su vida y aprende a desligarse paulatinamente - de un mundo en el cual, más tarde o más temprano, no participará...puede transformar la vejez en sabiduría y aún prepararse para la muerte como en su juventud se preparó para la vida." (Peña y Lillo 1999).

V. DISCUSIÓN.

Desde la infancia, todas las personas tienen una vivencia de la muerte, la que varía según su edad y las experiencias que marcan la biografía de cada una. A partir de nuestros resultados, este proceso es objeto de atención e interés por parte de los entrevistados. Todos, sin excepción, expresaron haber pensado más de alguna vez en ella y sentirse motivados a conversar sobre el tema: "me interesa como tema, lo encuentro interesante!", "se me da naturalmente, no es obsesivo". Desde la Psicología del Desarrollo ya se ha hecho ver que es en la mitad de la vida cuando se empieza a reflexionar sobre la muerte y esa preocupación aumenta con los años. Un entrevistado nos contaba que «cuando era joven no me preocupaba la muerte como tema, no recuerdo haber pensado en ella... el tiempo transcurría tan lento». El poeta uruguayo Benedetti ha expresado que «con las preocupaciones que trae consigo la edad, la muerte adquiere importancia en la medida que se aproxima» (Benedetti 1998). En vez de pensar la vida en términos de años vividos, se piensa en términos de

los que quedan, se adquiere mayor conciencia de la finitud. Según Kalish (1985 en Rubio, R. 1997), la conciencia de la presencia próxima trae consigo la aceptación o la resignación, como ocurre con el paso del tiempo; así también lo ha manifestado el mismo Benedetti "me preocupa mucho, como a todos. Pero he asumido que el paso del tiempo es irremediable" (Benedetti 1998). Uno de nuestros entrevistados lo decía así: "ahora siento que estoy en el tramo final del viaje, me doy cuenta que he sido y aún soy un pasajero y que voy a tener que irme en un momento. Antes vivía como si hubiera sido eterno", otro expresó "me lleva a pensar en la muerte el que tenga 70 años y esté terminando mi vida". Sin duda, el envejecer es un acercarse a la muerte, al tiempo de morir; para el adulto mayor la muerte es una normativa, representa "lo esperado". Más que una presencia ausente, ahora la muerte es "una presencia próxima". No obstante, esta conciencia no ha impedido a nuestros entrevistados el inicio de nuevas realizaciones, como ha señalado Kalish, que con no poca frecuencia sucede. No lo hemos encontrado en estos adultos mayores, quienes están llenos de proyectos y entusiasmo, tal vez debido a su nivel educativo-cultural y a su estado de salud no deteriorado. Hay un intento de aprovechar mejor el tiempo disponible y esta conciencia de la limitación temporal va aparejada con un ímpetu que en realidad lo extiende al valorizarlo y utilizarlo de mejor modo, finalmente la temporalidad es subjetiva, es posible vivir la eternidad en un instante. Un entrevistado nos confiaba que tenía "varios planes de realizaciones intelectuales". Como lo ha revelado la escritora Marta Blanco (1997), "el tiempo es muy misterioso...Mientras más se acerca uno al final, más comprende que el tiempo es una cavidad virtual y se expande a sí mismo...el tiempo que le va quedando a uno es su vida, porque es el tiempo de estar vivo y de hacer las cosas como si fuera la primera vez." No podemos dejar de considerar que actualmente los inicios de la ancianidad propiamente tal se vuelven más tardíos, en parte por el alargamiento del ciclo vital, en parte por la conservación de las condiciones de salud hasta avanzada edad. No olvidemos que en su ya clásico tratado de Psicología Evolutiva (1974), Rempelin

ubicaba la presenectud de los 56-58 años a los 68-70 y la senectud de los 68-70 años en adelante; hoy, recién el ingreso a la década de los 80 parece hacer una diferencia importante con respecto a las edades anteriores (recordemos que nuestros entrevistados tienen entre 65 y 75 años). Un entrevistado de 72 años nos hacía ver que a él no le tratan aún como a una persona anciana: "las personas me tratan como a alguien en plenitud de sus funciones".

Las concepciones de la muerte que tienen nuestros entrevistados se mueven en dos líneas bien definidas, que tienen que ver con concepciones más amplias de la existencia y del mundo. En una, más bien religiosa, se piensa en la muerte como "un tránsito a otra vida" ya sea de naturaleza espiritual - en la que se conserva la conciencia individual - o del tipo de la reencarnación: "todo lo que ha sido la vida se acaba, no hay más que reanudar, puede quedar otra forma de vida espiritual"; "yo creo en la reencarnación, uno evoluciona, va ascendiendo por etapas". A este respecto, sabemos que las creencias en la reencarnación son informadas cuantitativamente por mucha gente en nuestro país. Recordemos un estudio realizado el año 1998, que reportó que más del 50% de hombres y mujeres de la R.M., cree en la reencarnación (BBDO 1998). La otra línea corresponde a la concepción de la muerte simplemente como el término, el final de la vida, en la cual no hay sentido religioso: "es la cesación de todas las funciones vitales"; "el fin de la vida". Estos hallazgos no son muy distintos de los que hemos encontrado en jóvenes de educación laica (Idiáquez, Rodríguez y otros, 1998); pero lo que sí aparece como distinto con respecto a esa edad - tal vez debido a la mayor conciencia de la proximidad e inevitabilidad de la muerte propia - es la muerte como un parámetro que ayuda a organizar la vida propia. Esta convicción es la que integra la vida y la muerte como dos manifestaciones de una sola realidad, posibilitando que la muerte revitalice la vida. Y esto independiente de la religiosidad. Un entrevistado nos decía "no le haré el quite, mi muerte será parte de mi vida, me pertenecerá a mí, siento que ella se pasea por mi hogar, me visita y se va, pronto nos iremos

juntos... debo aprovechar el tiempo que permaneceré todavía aquí”.

Con respecto a creencias en otra vida después de la muerte, evidentemente que quienes profesan religión, las tienen. Lo que llama la atención - que nos ha aparecido también en otras edades - fue el deseo de que exista otra vida, aún en algunos no religiosos : “es que yo he amado demasiado la vida”, explicaba una que manifestó ese deseo ; otra señaló “me encantaría”. También la idea de que, aunque no se tengan creencias religiosas, sea difícil imaginar la disolución del yo. En el fondo la cuestión es que los ancianos pueden finalmente aceptar que su cuerpo se envejece y muere, pero reconocen un núcleo psicológico propio y único, cuya disolución o aniquilación se resisten a aceptar. “Mi cuerpo morirá, pero ‘yo’ continuaré” ; “se muere y se lo comen los gusanos, pero mi yo individual no morirá” ; “la idea del acabamiento absoluto de la vida personal me es muy pesada, me gustaría (que exista otra vida)”. Entre los que no creen en esta sobrevivencia, algunos confiesan una íntima esperanza de que así sea : “yo de joven no creía en otra vida, ahora tampoco, pero lo lamento, vaya que me gustaría tener la certeza que veo en otras personas, en mi ser más íntimo me encantaría que hubiera otra vida”. Sin embargo, cuando no se cree en absoluto, este pensamiento domina : “no hay nada, después usted se deshace...no pues, si la vida depende de que su organismo funcione”. Pero no es exactamente esta vida la que les gustaría eternizar, sino otra sin tiempo ni sufrimientos : “algo así como lo que se describe como el paraíso”, “sería insostenible vivir eternamente en estas condiciones - y no se trata de que sea o haya sido infeliz - menos si fuera yo solamente, quisiera reencontrarme con todos los que se fueron”. También aparece atractiva la posibilidad de reencarnar, teniendo otras vivencias y una vida mejor: “más evolucionada”, “me da curiosidad el mundo, me gustaría saber lo que va a pasar con los avances de la tecnología y las cosas maravillosas que va a hacer el hombre”. En los más escépticos, se vislumbra cierto dolor y pesar en la expresión del rostro ante la nada, la separación de los seres queridos y las pérdidas definitivas. Pero siempre está la autotrascendencia, en este

caso es el recuerdo y el aporte a través de sus obras : “espero haber contribuído y seguir haciéndolo para que este mundo sea mejor”.

Hemos constatado una preocupación temerosa más bien dirigida al cómo de la propia muerte, a la enfermedad prolongada, a la invalidez, al deterioro, al dolor . No aparece el miedo a la muerte en sí, ni a lo que pueda venir posteriormente, sino a la incapacidad, al desvalimiento, a la soledad, a las molestias y a los sufrimientos que puede ocasionarse a los seres queridos y a la imposibilidad de ser una ayuda efectiva para ellos : “nunca he sentido miedo a la muerte, todo lo contrario...lo que pasa es que muchas veces puede ser el desenlace final de una enfermedad dolorosa o provocada por traumas, en ese caso es terrible”; “no me gustaría morir atravesado por la decrepitud, quiero morir bien” ; “ lo único que no quiero es tener dolor antes de morirme” ; “me gustaría morir durmiendo o de un ataque fulminante, después de ver sufrir tanto a mi madre...”. Nos ha parecido que estos adultos mayores son menos autocéntricos que los jóvenes que hemos estudiado (Vilches 2000), a la hora de pensar en su muerte; están mucho más preocupados de su entorno y de los que les rodean que de sí mismos. Pensamos que esto tiene que ver también con una disminución de las exigencias hacia el exterior, con la mayor aceptación de la realidad de la vida, producto de las experiencias, lo que a su vez se traduce en una mayor consideración y comprensión del otro. Uno decía: “no quiero ser molestia para nadie, tampoco me gustaría estar mucho tiempo enfermo en cama” ; “sin causarle problemas a nadie”. En el polo positivo sería la adquisición de sabiduría y entereza, como lo encontramos nosotros, en el otro el conformismo y la claudicación, que puede ser más predominante en otros tipos de ancianos (estos en cierto modo constituyen elite). Hay una clara tendencia a terminar su vida en el cumplimiento del “deber ser”, incluso mucha preocupación por lo que le dejan a las próximas generaciones. En parte, también, es respuesta a lo que ellos imaginan o saben que son las expectativas de la sociedad y especialmente de los más jóvenes con respecto a ellos y se hacen cargo. Ligado, probablemente, a una cultura generacional, aparece el deseo de asumir la pro-

pia muerte llevados a la disyuntiva de tomar o no conocimiento de una enfermedad terminal que los conduzca en breve tiempo al deceso: “preferiría saber cuánto me queda para prepararme”; “estar informado de qué se trata”. Si bien hay un conocimiento de la eutanasia, se esté o no de acuerdo con su uso, no existe una consideración acabada sobre este tema, más bien se aborda en relación a las emociones y los sentimientos experimentados en relación a sí mismo y a los seres queridos: “con una inyección (le gustaría morir)...cuando no pueda seguir trabajando, se me olviden las cosas”; “yo estoy de acuerdo con la eutanasia”.

Otro elemento que nos ha parecido importante en relación a la anticipación de la muerte propia, dice relación con una idea más realista de ella, en comparación con lo que hemos observado en los jóvenes que hemos estudiado, por ejemplo. Si bien en ambas edades es prácticamente imposible visualizar cómo serían las circunstancias, el momento y el lugar de la propia muerte, en los adultos mayores se la concibe en directa y estrecha relación con la experiencia de enfermedad y dolor que se ha tenido, que todos han tenido: “sí, he tenido experiencias cercanas a la muerte”; “en una operación casi me morí”. Y pueden hacer una descripción aproximada: “yo me imagino que me voy a quedar dormido, me van a llevar al crematorio, me van a quemar...”. En cuanto a otros deseos respecto al morir, está muy presente el de no morir solo, sino acompañado de seres queridos, en lo posible en el hogar y su cama: “en mi cama”; “próximo a mis seres queridos, en plenitud de conciencia, me gustaría que estuviera otra persona, para evitar la frialdad de la agonía, aunque sé que el final es forzosamente solo”. Esto tiene implicancias importantes para la ortotanasia. En los que manifestaron el deseo de morir solos, ello aparece vinculado con su realidad actual de vida, viven solos y lejos de sus hijos, de modo que sería más bien una adaptación realista y resignada a su vida, sin hacerse ilusiones de contar con compañía. También aparece un rechazo a la muerte violenta u ocasionada por otros: “no en un choque”; “me gustaría morir de muerte natural...ser muerto es una idea más pesada”; “no me gustaría que me mataran”; “no me gustaría ser muerta...porque al-

tera mi esquema natural”.

El deseo de la muerte de otros sólo aparece vinculado a la transgresión de valores considerados importantes, como la vida misma y el respeto a las personas: “he deseado la muerte de criminales que matan gente, les he deseado la pena de muerte, a esos delincuentes terribles”; “a quien ha matado a miles...”.

La muerte de otros significativos tiene al menos dos repercusiones. Una dice relación con la concienciación de la muerte propia; recordemos que la vivencia que cada persona tiene de la muerte no está dada por la experiencia directa. Ésta nunca la tenemos, en sentido estricto, ni siquiera bajo las más severas amenazas a la propia vida. Como Heidegger ha señalado, podemos morir en lugar de alguien o alguien en lugar nuestro, pero nadie le puede tomar a otro su muerte, de modo que nunca logramos acceder cabalmente a esa vivencia. “El morir es algo que cada ‘ser ahí’ tiene que tomar en su caso sobre sí mismo. La muerte es, en la medida en que ‘es’, esencialmente en cada caso la mía” (Heidegger 1951). Tenemos la experiencia de la muerte del otro, la que sólo a través de una empatía podemos hacer en cierta medida, nuestra. La muerte de otro puede convertirse en una experiencia de muerte “a condición de que la vivamos afectivamente, es decir, que nos identifiquemos en cierta medida con ese otro que muere o que acaba de morir” (Lepp 1967). Así es como lo observamos en los entrevistados; las sucesivas experiencias de muerte de otros que han tenido las personas mayores contribuyen a percatarse de que “a mí también me ocurrirá”; “uno se va dando cuenta de que en algún momento le tocará, no se sabe de alguno que se haya librado”. Asimismo, la muerte del otro despierta la conciencia de la separación total y definitiva, una entrevistada lo expresaba así “nunca más lo veré, no podré oírlo, tocarlo”. Como Jung ha dicho: “ya no existe más esperanza de relación alguna, pues todos los accesos se han roto” (en Sta. Cruz 1994). No obstante puede recurrirse a formas alternativas, ya sean de carácter religioso, esotérico o sectario. Según el antropólogo Danemann (1999), “una especie de relación comunicacional con los difuntos, alternativa a la que proponen las religiones, está dada por

ciertas prácticas de magia y ocultismo que han conquistado mayor espacio en diversas sociedades". Este investigador señala que la comunicación postmortem permite precisamente al hombre tener un contacto con sus muertos ; funciona como consuelo, como rito de vivificación o resurrección del fallecido, situándolo en un plano de comunicación cotidiana. Este rasgo puede apreciarse en algunas culturas andinas y en Chiloé, donde existen ceremoniales de ofrecimiento de comida para su vida posterior. En Santiago, son frecuentes las prácticas espiritistas y el culto a las ánimas. En nuestros entrevistados adquiere un carácter religioso y, sobre todo, espiritual. Por ejemplo, "le hacemos misas, sobretodo para los aniversarios", "cuando estoy en una situación difícil recorro a él y siento que me ha ayudado". En los no religiosos, es el recuerdo: «mis muertos viven en mi memoria».

En relación al dolor y sufrimiento moral , nuestra experiencia es que mucha gente reporta la pérdida de uno o más seres queridos, como el momento de mayor infelicidad en su vida, también estos adultos mayores. La muerte de hijos y padres, aparece como la más desgarradora. Una constante que aparece, al igual que en los jóvenes, es el mayor impacto de las muertes prematuras, cuando aún no se han vivido todas las etapas de la vida, las de los niños, especialmente. Aunque la muerte de los seres queridos siempre son experimentadas como prematuras, se les quisiera tener siempre consigo - "aunque sea viejita, como sea», decía una entrevistada respecto a su madre adoptiva - sin duda se está más preparado para aceptar la muerte de las anteriores generaciones que de las siguientes: "me rebela la muerte de los jóvenes..." ; "cuando son jóvenes, tienen una familia" ; "cuando muere una persona joven, eso lo encuentro lo más peor, o que una madre pierde a un hijo, acabo de leer que murió una niña porque la picó una abeja...esa cosas son como poco naturales" ; "cuando le toca a un niño, se me desestructura todo". A la muerte de los padres, lo característico es un sentimiento de soledad y desvalimiento y la objetivación del transcurso de la vida : " sentí que la roca en que me afirmé se desintegró", "un vacío, dejé de ser niña, cuando ellos vivían, yo era

hija y me sentía un poco niña...ahora no". En la muerte de los hijos se acentúa la sensación de vacío y de pérdida del sentido de la vida : "un vacío enorme, yo pensaba cómo la vida y el mundo siguen su curso, es algo que no se olvida nunca" ; "me angustia que mi hija se pueda morir, yo no, pero mi hija ¡no !" La fase del duelo que más se recuerda es la de la reorganización en el esquema de Bowlby y depresión en el de Parkes. Sin duda, se está menos preparado para enterrar a los hijos que a los padres y la magnitud y profundidad del sufrimiento están relacionadas con las del amor. Otras muertes que perturban son las violentas : "cuando se es víctima de degradación, violación...cuando la gente muere sin querer morir, no se está preparado para morir, cuando están atacados por una enfermedad repentina".

Respecto a la preparación para aceptar la muerte propia y de los otros, lo que hay es más bien un trabajo personal, generalmente con muchas dificultades, no se reconocen facilitadores importantes en este duro proceso, en el cual la mayor parte de las veces se ha improvisado : "la religión algo, no tanto, sí como conformidad" ; "poca, básicamente mi formación elemental religiosa, donde hay incluso unas formas verbales del tránsito de la vida a la muerte". Hay una experiencia personal de tener mayor aceptación del proceso que en edades anteriores, que está directamente relacionada con las realizaciones y el cumplimiento del ciclo vital y el realismo : "ya me lo viví todo, tengo nietos", "se me han muerto muchos de mi generación". Reaparece la necesidad del orden natural, la mayor aceptación de la muerte propia que la de los hijos : "quiero morir antes que mis hijos" ; "no me gustaría que desaparecieran antes que yo...me crearía un vacío emocional".

Los lamentos más importantes en situación de muerte repentina, siempre tienen que ver con no realizaciones, tareas pendientes, afectos : "no haber amado más" ; "no besar más a mi hija" ; "dejar todo en orden" ; "mis trabajos pendientes".

La experiencia del cadáver es inquietante : "me produce un sentimiento de gravedad, casi un rechazo, casi una cierta repugnancia, pero acepto esta imagen, yo he besado a mis seres que-

ridos cuando son cadáveres". La comunicación está rota, la distancia parece insalvable, sólo el amor que prevalece es el acceso y la posibilidad de aceptación de la despedida.

En cuanto a una relación entre la observancia religiosa como orientación de vida para asimilar la muerte, no encontramos algo definido, salvo que ella constituye un apoyo a través de los servicios religiosos, también cuando no se tiene una observancia, pero más precario. No existen sistemas sustitutivos para quienes no comparten esos simbolismos rituales. Las creencias en otra vida después de la muerte, sin duda constituyen fuente de confortación. En los no creyentes es sustituida por la permanencia en el recuerdo de los que quedan, sobre todo a través de sus obras y actuaciones.

VI. CONCLUSIONES.

Si pretendemos avanzar en el conocimiento del ser humano, se hace indispensable continuar tratando de comprender la significación que tiene para él, el trascendente evolutivo de la muerte. Si deseamos hacer mejores a los seres humanos, podemos fomentar la búsqueda de sentido de sus vidas. Una de las alternativas es a partir de la transitoriedad de ellas y de la muerte que siempre llegará, más temprano que tarde.

Pensamos que la aceptación consciente y realista de la muerte como proceso que forma parte de la vida, puede ser muy beneficiosa para los individuos y nuestra sociedad. En todas las edades la formación es necesaria y no privativa de la ancianidad, pues apenas somos concebidos ya somos lo suficientemente viejos como para morir, pero en la vejez esa preparación es includible, también el apoyo y la compañía para esos viajeros que se van. Si deseamos promover el desarrollo humano, se hace necesario develar y privilegiar la vinculación originaria del hombre con los sucesos fundamentales de su propia existencia y del mundo, en una disposición de trato íntimo y cotidiano con la muerte, así como también con su contraparte, la procreación y la vida. Esta apropiación conlleva el reconocimiento del dolor y del sufrimiento como aspectos inherentes a la vida misma, los

cuales siempre podemos aminorar, pero jamás eliminar. La obsesiva búsqueda del placer y evitación del dolor en una sociedad casi fóbica al respecto, sólo conduce a experimentar mayor frustración y sufrimiento. Evidentemente que quien más ame, mayor pena y tristeza experimentará ante la partida de los seres amados. A la observación nietzchiana respecto a que la calidad humana puede medirse por la capacidad de sufrir profundamente, Peña y Lillo (1998) ha agregado que son los seres superiores los que, lejos de esquivarlo, lo asumen con fortaleza.

La mayoría de las instituciones y agrupaciones, tanto seculares como religiosas, que tienen como propósito y finalidad principal promover el desarrollo personal integral de sus miembros, destinan tiempo al tratamiento y trabajo en este tema. Así como existe preocupación por la educación en otras áreas, una formación respecto a la muerte podría perfectamente ser parte de programas destinados a gente de todas las edades. En el caso de los que se encuentran en las etapas más tempranas y receptivas del ciclo vital, sin duda que se presentan enormes ventajas, pero no es poco lo que se puede hacer y obtener con quienes están en el tramo último; además, obviamente, el tiempo disponible es menor. Las personas que han participado en nuestros estudios, sin excepción, han expresado una necesidad muy sentida de conversar sobre el tema y han agradecido la oportunidad que se les ha dado para emitir sus ideas y sentimientos al respecto, aunque reconocen no haber adoptado iniciativas sobre ello antes, por no haber encontrado la instancia o la ocasión. Tenemos la convicción de que la incorporación del tema en la vida de las personas, a través de las vías formal e informal y en la totalidad de sus dimensiones, entregaría frutos insospechados en los distintos ámbitos de la existencia de la gente en general y, de los adultos mayores en particular. Uno de los medios más efectivos de despertar la necesidad de trabajar sobre sí mismo, es el darse cuenta que se puede morir en cualquier momento y aprender a tenerlo presente en la vida cotidiana; no obstante, la gente vive como si fuera inmortal. La mayoría de las personas que han pasado por una experiencia de cercanía a la muerte directa o indirecta, re-

vela una transformación estremecedora y renovadora en su forma de interpretar y vivir la vida. Incluso, quienes han sido informados de un tiempo limitado de vida, reportan haber vivido desde ese momento, su mejor tiempo. La excepción la constituyen quienes por razones de desequilibrio previo muy acentuado o por circunstancias en extremo desfavorables, reaccionan de modo destructivo hacia sí mismos o los demás. Es posible beneficiarse de los llamados "sufrimientos nucleares", tan bien descritos por Peña y Lillo, "que nos hieren en lo más profundo de nuestro ser...son provechosos y enriquecedores de la experiencia de vida" (1999). El traspaso de esas vivencias a quienes no las han tenido, puede ocasionar un cambio en la forma de ver a la vida y a sus semejantes. También, llevar a las personas a ponerse representacionalmente en situación límite, origina resultados similares, como lo pudimos apreciar en nuestros entrevistados. Incluso el común miedo a la muerte se puede convertir en una fuerza positiva. La limitación temporal objetiva en los adultos mayores, pensamos que no debiera ser obstáculo para el desarrollo personal, para el aprovechamiento del instante y la realización del sentido, tampoco pretexto para eludir esas tareas. Sería de gran conveniencia acoger y canalizar la vivencia de proximidad de la muerte que experimenta el adulto mayor, en lugar de oponerse a ella tratando de desterrarla de su conciencia.

En fin, a modo de proposición, entregamos algunos de los fines específicos que, a nuestro juicio, podrían considerarse en la formación en torno a la muerte: aumentar la conciencia respecto a la valoración de la vida propia y de la de los otros, llegar a descubrir sentidos para ella, aumentar la alegría de vivir, lograr mayor autoestima y cuidado de sí y de los demás, disminución de las conductas autodestructivas y dañinas hacia otros, reconocer y aceptar el dolor y la pena que se produce con la muerte de los seres queridos, elaborar proyectos de vida lo más circunstanciados posible teniendo presente la administración de un tiempo limitado para todos, especialmente para el adulto mayor, el cual hay que aprovechar, descubrir los temores y necesidades en relación al morir, aceptar el fin y prepararse para recibirlo.

En cuanto a metodologías y formas de trabajo, creemos que con ellas puede recuperarse el irrenunciable e irremplazable papel de la familia para acercar las nuevas edades a los mayores en un encuentro de ciclos vitales intergeneracionales al modo Eriksoniano. El apoyo y la compañía de los seres queridos en el tránsito de la muerte para el adulto mayor, puede producir el beneficio de la formación natural e imperceptible de preparación para la muerte desde las edades más tempranas en quienes comparten sus vidas en el ciclo de vida familiar. Incluso, tal vez se beneficie más el que ayuda a bien morir, que quien recibe esa ayuda.

Es cierto que, como lo ha señalado Holzapfel. (1999), la muerte entaña la posibilidad del sinsentido y del absurdo, al hacer caer en cuenta que todo lo que hagamos o construyamos acaba con ella. Esta posibilidad está siempre presente en quienes no tienen creencias en otra vida después de ella. Una salida es la estoica del soportar y aguanta. Otra opción, según este autor, es el camino del amor, determinación fundamental en la cual el hombre se juega su ser. Sólo el amor sería capaz de contrarrestar - parcialmente - la fatalidad de la muerte. En esta solución pueden coincidir creyentes y no creyentes.

Como contribución a una auténtica ortotanasia, nos parece de gran relevancia la sentida necesidad de personalizar la muerte y hacerla menos pública. En esta línea, el acompañamiento al moribundo, el morir en el hogar - cuando sea pertinente - rodeado de seres amados, reafirma los usos que se han ido instalando, contando por supuesto con la apreciación profesional calificada que permita distinguir la enfermedad de la agonía, entendiendo que los recursos médicos están destinados a salvar la vida, mas no a impedir la muerte. Sin duda que para quienes se encuentran en las postrimerías de sus vidas, la disposición de los que aún nos quedamos algo más de tiempo, constituye una ayuda en el trance que nunca perderá totalmente su carácter intimidatorio.

REFERENCIAS

1. BBDO Investigaciones. Encuesta sobre creencias en la reencarnación. Santiago. 1997.
2. Benedetti, M. a) El olvido está lleno de memoria. E. Seix Barral. Barcelona. 1995.
b) Presentación de su libro La vida entre paréntesis. E. Seix Barral. Barcelona. 1998.
3. CEPAL y CELADE. América Latina : proyecciones de población 1970 2050. Boletín. 1998.
4. Cruz de Amenábar, I. Muerte : transfiguración de la vida. Ediciones Universidad Católica de Chile. Santiago. 1998.
5. Chopra, D. Cuerpos sin edad, mentes sin tiempo. E. Vergara. B. Aires. 1994.
6. Danemann, M. Eterno misterio. El Mercurio. Santiago. 1999.
7. Feifel, H. New meanings of death. Mc Graw-Hill. Inc. N. York. 1977.
8. Figueroa, M. Y los ríos al mar. E. Stgo. 2000.
9. Frankl, V. a) La voluntad de sentido. Pg. 52. E. Herder. Barcelona. 1994.
b) Man's search for meaning. Pg. 192-193. Pocket Books. N. York. 1963.
10. Heidegger, M. El ser y el tiempo. Pg. 262. Fondo de Cultura Económico. México. 1951.
11. Holzapfel, C. Lecturas del amor. Pg. 9-10-13 E. Universitaria. Santiago. 1999.
12. Idiáquez, C. ; Rodríguez M.E. y otros. La muerte : concepciones, creencias y sentimientos en adolescentes de Educación Superior Laica. Seminario para optar al grado de Licenciado en Psicología U. La República. Santiago. 1998.
13. Jung, C. G. Citado por Santa Cruz. A. Documentos de apoyo a la docencia. Universidad de Chile. Santiago. 1993.
14. Kalish, R. Death, grief and caring relationships. 1985. Citado por Rubio, R. La vivencia de la muerte en el ser humano. Pg. 165-166. Universidad de Granada. Granada. 1997.
15. Lara, I. Taller para vencer a la muerte. Centro Cultural La Reina. Santiago. 1997.
16. Lepp, I. Psicoanálisis de la muerte. Pg. 27-32. E. Lohlé. B. Aires. 1967.
17. Lolas, F. Bioética. Pg. 65. E. Universitaria. Stgo. 1998.
18. Minois, G. 1989. Citado por Fliman, M. en Factores psicosociales en el maltrato del adulto mayor. Pg. 14. U. La República. Stgo. 1995.
19. Organización Mundial de la Salud. Informe sobre estructura demográfica y expectativas de vida en el mundo. 1997.
20. Peña y Lillo, S. Puntos de Vista. Pg. 23, 99-100. E. Universitaria. Santiago. 1999.
21. Piezzi, R. Sentido y valor de la vida. En Fernández, R. Neuropsicofarmacología 1. E. Cangrejal. B. Aires. 1996.
22. Rempelin, H. Tratado de Psicología Evolutiva. Pág. 678. Ed. Labor. S.A. Barcelona 1974.
23. Taylor, S. y Bodgan R. Introducción a los métodos cualitativos de investigación. E. Paidós. Barcelona. 1994.
24. Thomas, E. El tema de la muerte en la novela mexicana. V Jornadas interdisciplinarias sobre Religión y Cultura. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad de Chile Santiago. 1998.
25. Thomas L.-V. Antropología de la muerte. Fondo De Cultura Económico. México. 1993.
26. Vial, M. El "Memento Mori" en el arte. Pg. 89. V Jornadas Interdisciplinarias. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad de Chile. Santiago. 1998.
27. Vilches, L. Concepciones, creencias y sentimientos respecto a la muerte en adolescentes. Investigación finalizada. Santiago. 2000.